

CAPITULO XIII

LA REACCIÓN REALISTA EN FRANCIA

Desastres que sufre la revolución española en la acción que ejerce en el extranjero.—Caída del ministerio Decazes.—Continuación de la legislatura de 1819 á 1820.—Conspiración militar del mes de Agosto.—Pujanza de los realistas.—Caída del ministerio Richelieu.

ENIENDO en cuenta las causas que originaron la revolución española, dice muy bien Gervinius, que ésta no podía ejercer influencia alguna sino allí en donde se atravesaran análogas condiciones, y aún en estos países su acción fué espontánea, es decir, que la ejerció en virtud de la inmanencia de sus ideas, no porque enviara agitadores ó emisarios para levantar los países europeos. Por otra parte, ya hemos visto que la revolución española llevó al poder en 1820 al partido moderado, y que éste comprendió de sobra los recelos y desconfianzas de Europa para atreverse á desafiarla ni á provocarla: esto en un principio, que luego ya comprendió que sobre ella pesaba la amenaza de su intervención. Recuérdese que hemos dejado la revolución española sometida á la influencia de la intervención diplomática de las grandes potencias absolutistas de Europa.

Esto no quiere decir que en el partido exaltado no hubieran algunos que se proponían levantar al pueblo europeo contra los soberanos absolutistas, imitando á los franceses de 1793; y una funesta casualidad vino á indisponer más y más á Europa contra la revolución española.

Habíase nombrado embajador de España en Ná-

poles á Luís de Onís y se le dió un banquete de despedida en Madrid, en el cual Arriaza, dejándose llevar de sus sentimientos de poeta ó por mor del consonante, pues Arriaza no estaba clasificado de exaltado, y Onís era un diplomático á la antigua, es decir, un hombre de ideas muy moderadas, presentó á Onís como un Thyrtéo destinado á despertar á los napolitanos de su letargo. Súpose esto en Nápoles y al llegar Onís á Roma, se encontró con la orden del monarca napolitano de no continuar adelante, pues no sería recibido, orden que recibió el mismo día en que estallaba la revolución en Nápoles. Triunfante la revolución hizo una entrada triunfal. Ir á convencer á las potencias del Norte que todo era pura casualidad, era imposible; la propaganda revolucionaria española acababa de dar sus frutos y era cogida al descubierto. Austria, Prusia y Rusia se sintieron burladas y excitadas por las protestas sinceras del gobierno español de que no había tenido nada que ver con la revolución de Nápoles.

Idéntica situación á la de España establéciese en Nápoles desde el primer día vis á vis de las potencias extranjeras. Aún cuando Nápoles, situada en un extremo de la península, tenía necesidad de revolu-

cionarse por entero para poder vivir, sus hombres de Estado no tenían suficiente energía ni medios para intentarlo; Pepe, que comprendía que la Revolución napolitana moría asfixiada si no se obraba, sólo pudo obtener á fuerza de instancias el envío de tres hombres de su confianza á la alta Italia para enterarse del estado de los ánimos. El resultado de esta información fué doloroso. El mayor Pisa informó que no se podía esperar nada, sino á contar del momento en que los napolitanos pasasen el Pó, que de aquí entonces á pesar de los buenos deseos de las sociedades secretas que fué á inspeccionar, éstas nada harían porque no tenían medios para obrar.

Si estos informes desalentaban á los exaltados napolitanos, á los hombres templados á cuyos oídos llegaban siempre rumores por todos acreditados de la inminencia de una guerra con Austria, les llenaba á la vez de desconsuelo porque se sentían aislados y sin medios de resistir la menor presión que viniera del extranjero, y esto mismo sucedía en España, pues aquí se comprendía que caso de ser vencida la revolución napolitana, su caída no sería más que el prelude de la caída de la revolución de España. Tal era el estado de los ánimos de los hombres de gobierno de España y Nápoles, quienes además estaban bajo el golpe que había herido de muerte á las revoluciones española y napolitana aún antes de triunfar en definitiva.

Decazes no mentía ni exageraba al decir en 1820 que se sentía en Francia una agitación sorda. La revolución española había de ejercer en Francia, como en toda Europa, su influencia. Se había obligado á los reyes á capitular y esto era para los franceses, que ya lo habían hecho antes, un poderoso aguijón, pero á pesar de tan fuerte espoleo, Francia estaba en el fondo tranquila, los hombres de acción eran pocos, y sobre todo la cuestión política se presentaba para éstos complicada con un cambio de dinastía. En medio de los temores que el porvenir inspiraba á los realistas fué cuando el 13 de Febrero de 1820 el fanático Louvel, arma su brazo con el puñal asesino y mata al duque de Berry á la entrada de la Academia Real de música. Por más que se hizo no fué posible encontrar cómplice alguno de Louvel y en verdad no lo tuvo, fué un acto individual, personal como el realizado por Sand, que tuvo sus apologistas en los terroristas, pero que condenó el general Foy, por lo que habían de explotarlo los enemigos de las instituciones constitucionales.

Si fué grande la agitación que causó en Francia la muerte del duque de Berry, sobrino de Luís XVIII,

que dejó á su esposa embarazada, no fué menor en el resto de Europa, por lo mismo que si los que no lo atribuían á la revolución española lo achacaban á la conspiración europea revolucionaria. Los ultras aprovecharon en todas partes las ocasiones que los sucesos les ofrecían, y en Francia en plena cámara hubo quien se atrevió á pedir que se procesara á Decazes como cómplice de Louvel; éste fué Clausel de Coussergues,—14 de Febrero de 1820.

Decazes ya porque se sintiera herido de muerte, ya para calmar la ansiedades y temores de palacio, ya para demostrar que él era un hombre de orden y de represión, se apresuró á parar los golpes que se le dirigían en las Cámaras y en la prensa, presentando al día siguiente de la acusación de Clausel, tres proyectos, por los cuales quedaba confiscada la libertad de la prensa, la seguridad individual y el régimen electoral; pero nada consiguió con ello Decazes fuera de caer en medio de la indignación general, pues la familia real en masa llevando á su frente al conde de Artois y al duque de Angulema reclamó formalmente á Luís XVIII su destitución. El padre del duque de Berry, como es de suponer, fué de los que reclamaron con mayor energía.

Cayó el favorito de Luís XVIII; pero los ultras no pudieron cantar por esto victoria, pues el rey se agarró á Richelieu, y éste rodeándose de Portalis, Simeon, Mounier en policía, etc., y habiéndose hecho prometer el apoyo del conde de Artois, se preparó á continuar su política de balancín, proponiéndose además no salirse, conforme á los deseos del rey, de las vías de la moderación.

Richelieu reprodujo las leyes de Decazes agrandándolas, porque en los proyectos de Decazes el principio de la elección directa, que tanto repugnaba á los realistas, quedaba en pie. «Por el nuevo proyecto, se establecía en cada departamento un colegio electoral compuesto del quinto de los contribuyentes que pagasen más contribución: poníase al lado de ese colegio, en cada cantón ó distrito, un colegio electoral formado por todos los electores domiciliados en el cantón: cada uno de los colegios cantonales debía nombrar tantos candidatos cuantos fueran los diputados que se habían de elegir; siendo luego el colegio electoral departamental quien debía elegir entre esos candidatos los diputados.» Este proyecto nos dice que Richelieu fué víctima de los amigos que la suerte le había dado en esos momentos críticos de la política, así es que, tan pronto se conocieron sus proyectos en la Cámara, la antigua mayoría se disolvió.

Royer-Collard y Jordan llevaron á sus amigos á la oposición indignados por la traición de Lainé y Pasquier, los antiguos atletas de la ley electoral que se quería derogar, acercándose á la izquierda, con lo que debilitaban al partido de la conciliación cuando tan necesario era robustecerlo en esos momentos en que se veía la obra constitucional amenazada por todos lados. Y no sólo hicieron esto, sino que hicieron una verdadera campaña para obtener el principio de la elección directa y la abolición de esos colegios electorales departamentales que equivalía á poner en manos de los doce ó trece mil hombres más ricos de Francia las elecciones de diputados.

Calmada un tanto la agitación política, viéndose que no se necesitaba extremar las cosas, y que en España el partido moderado tenía encausada la revolución, se dió lugar a una transacción sobre la ley electoral adoptándose la enmienda presentada por el diputado Boin, conforme la cual, los colegios electorales de los cantones debían elegir en adelante doscientos cincuenta y ocho diputados como antes; pero luego los electores que pagasen más por impuestos en número de la cuarta parte de los que tenían derecho electoral, reunidos en colegio departamental, añadirían á los doscientos cincuenta y ocho diputados ciento setenta y dos diputados más; de esta manera creían los ultras poder contar con una mayoría en la Cámara de diputados.

Inútil decir que el país no podía ver con calma el estudio que se hacía por el gobierno de la manera más cierta de escamotear la expresión de su voluntad por medio de unas Cortes que la pudieran exponer legítimamente. Era tan descarado el juego de la reacción, que por fuerza el país se había de sentir lastimado por desverguenza tanta; así es, que lo mismo en París que en las principales ciudades de provincias, mientras duró la discusión de la ley electoral hubo un tumulto diario, casi siempre disuelto brutalmente por la policía, que parecía provocar al pueblo á mayores, como sucedió el día 5 de Junio, en cuyo día una tempestad se encargó de apaciguar los ánimos, y el día 7 del mismo mes, día en que fué ejecutado Louvel.

Irritadas las sociedades secretas por todo lo que pasaba y por las leyes de excepción, creyeron que debían hacer algo, y acordaron al efecto abrir una suscripción nacional, destinada á indemnizar á los patriotas que fueran víctimas de dichas leyes, pero esto no satisfacía á todos: Dupont, Voyer d'Argenson y Manuel, querían ir más lejos. «Tan pronto se

tuvo conocimiento exacto del proyecto electoral del gobierno, el abogado Mesilhou reunió en su casa á los amigos de Lafayette, quien por su parte consideraba que se debía recibir á tiros la ley electoral porque la estimaba como una declaración de guerra hecha á la revolución. Formóse un nuevo comité director que entró en relaciones con los de los estudiantes que se habían distinguido en los sucesos del mes de Junio» y habían demostrado poseer una cierta organización. Al lado de estos comités se formaron otros, y los oficiales retirados no tardaron en tener los suyos, llevando pronto, unos y otros, á las filas del ejército activo, el espíritu de protesta. Fabvier, á quien le habían irritado las condenas que se le habían impuesto y el abandono del gobierno, por su honradez al divulgar lo ocurrido en Lyon, trabajaba por cuenta del club de Lafayette los regimientos de la Meurthe y Berard. Los generales Maison y Defrance pasaban por ser los que debían acaudillar el movimiento.

Fijado el movimiento para el día 10 de Agosto, aniversario funesto para la monarquía y que querían conmemorar hombres sinceramente monárquicos con una nueva humillación, la traición se encargó de descomponer el movimiento, acabando por confesar Berard, jefe del batallón de la Meurthe, lo que se estaba tramando al gobierno. Por fortuna los trabajos se habían hecho con grandes precauciones y las revelaciones no produjeron víctimas.

En esto, acercábase el momento del alumbramiento de la duquesa de Berry y no hay duda que esta situación, de la que debía dar sucesión á la dinastía, hizo más que las traiciones para desvanecer todos los proyectos de pronunciamientos militares. Ya hemos dicho que en Francia, á causa de la edad avanzada de Luís XVIII y de lo impopular que era Carlos, se consideraba necesario un cambio de dinastía, que no podía hacerse sino bajo la base de los orleanes. Si la duquesa de Orleans daba á luz una niña, los orleanes podrían como antes esperar que había de llegar su momento, y en espera de este acontecimiento, que había de ser decisivo, se paralizó toda acción revolucionaria. La duquesa parió el 29 de Setiembre, pero no nació una princesa sino un príncipe, el príncipe Enrique que no había de subir al trono y con quien había de acabar la dinastía borbónica. Los orleanistas no han visto realizados sus planes ó ambición de ser la única dinastía real de Francia hasta nuestros días, al fallecer el llamado Enrique V.

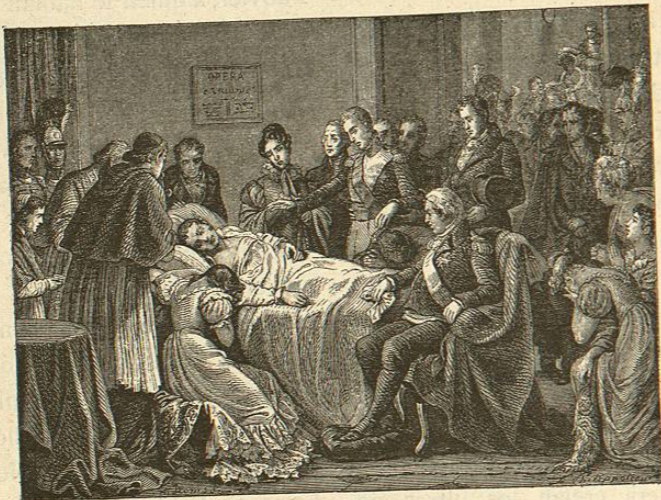
Es fama que, cuando las salvas anunciaron el nacimiento del nuevo príncipe, Wellington exclamó

que se tocaba á muertos por la causa de la legitimidad. Wellington no se equivocaba, conocía á los orleanes y sabía que estos habían de ser los más crueles enemigos de los borbones; tanto, que, no vacilaron en deshonrar á la desgraciada princesa que hubo de mezclar á las lágrimas de dolor por el parto de su hijo, las que le arrancaron el recuerdo de su pobre marido asesinado tan inútilmente.

Siempre imbécil el mundo diplomático, entonó al revés de Wellington, al recién nacido y á la dinastía los más encomiásticos cánticos. Aclamósele «el hijo de Europa,» «el arcángel destinado á dominar el dragón;» «hijo del milagro,» le llamaron los legiti-

mistas que vieron nada menos que la intervención directa de la Providencia en el nacimiento del príncipe, con lo cual se consiguió que el futuro conde de Chambord se tomara, cuando mayor, tan por lo serio su papel de hombre providencial, que, habiendo podido causar daño á Francia, no se lo hizo esperando á que la Providencia le restituyera el trono de sus mayores.

Henchidos de entusiasmo los realistas por el nacimiento del príncipe Enrique, consideraron su causa asegurada para siempre al ver asegurada la sucesión dinástica; así no fué posible contenerlos en su frenesí monárquico que les llevó á dominarlo todo con



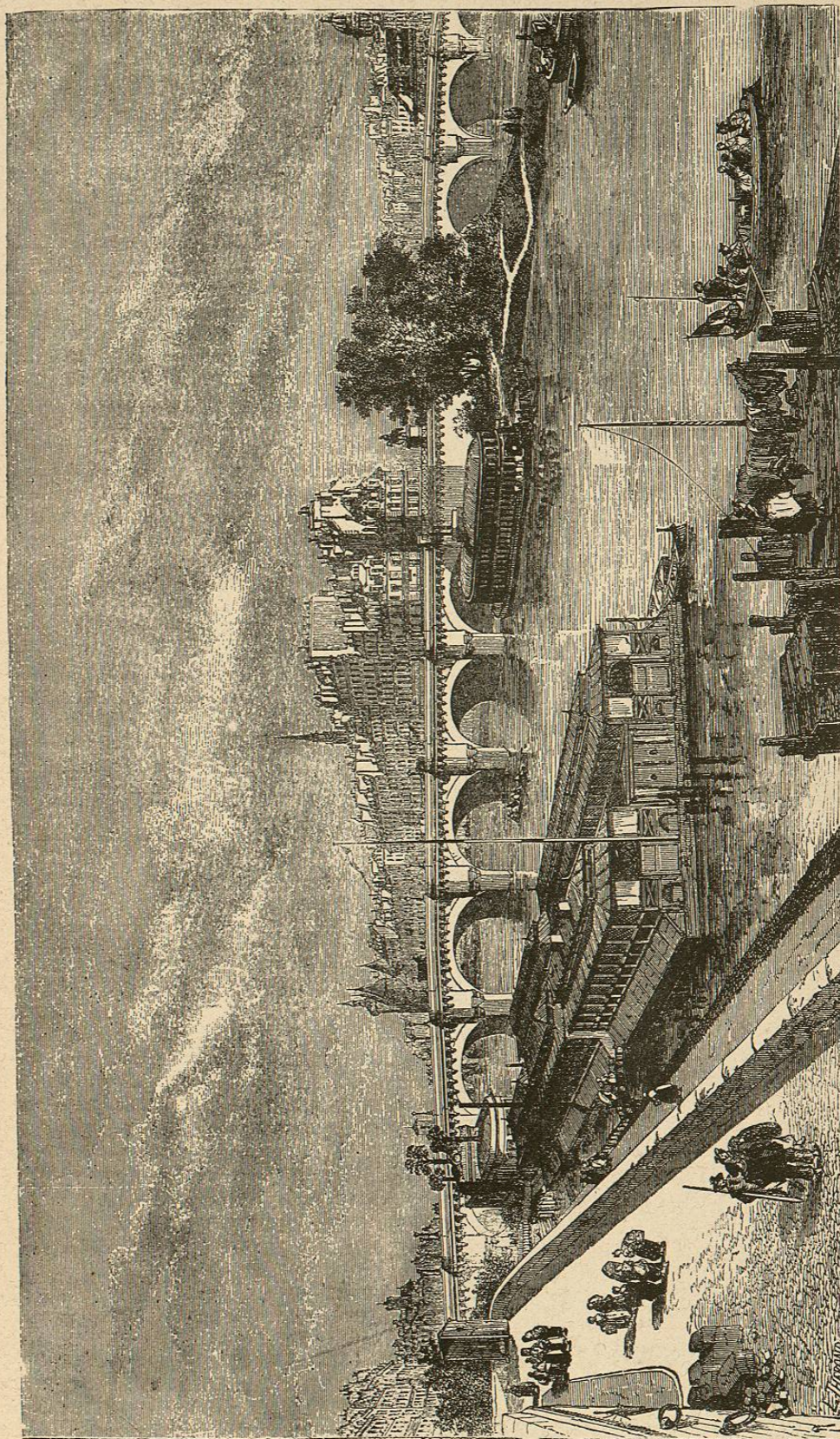
Muerte del duque de Berry

sus intransigencias que favorecía el natural desfallecimiento de los orleanes y de los que esperaban el advenimiento de Carlos X como debiendo poner fin al absolutismo en Francia, pues ahora éste podía ser el regente de su *inocente* nieto, y esto de las *inocencias* reales, es cosa que en todos tiempos se ha sabido explotar contando con la natural simpatía de los corazones humanos por los niños.

Bajo el influjo de tan grande acontecimiento se hicieron las elecciones con la nueva ley electoral que dió el resultado que se esperaba, trescientos cincuenta contra ochenta fueron los votos que en la nueva Cámara contaron los ultra-realistas, en la que reaparecieron algunos individuos de la Cámara ardiente de la Restauración. Richelieu tuvo que dar satisfacción al cuerpo electoral por él organizado y Vilelle y Corbiere entraron en el ministerio pero sin carteras. Chateaubriand fué quien negoció esta solución. Si Richelieu contaba con su habilidad para enervar á sus adversarios, estos contaban seguir fielmente el consejo que les había dado Chateau-

briand de que se infiltrasen. Richelieu, empero, no contaba con que el partido realista había sabido ahora poner al lado del rey á la vizcondesa de Cayla, y no fué él sino Vilelle quien alejó de palacio á Rochefoucauld, Chateaubriand y la Cayla cuando ya no los necesitó. Digamos en honor de Chateaubriand que se creía en esos días el primer hombre político de Francia, que él obró de buena fe creyendo llegar á obtener la reconciliación de las dos ramas de la familia realista.

Pero la ilusión, de la que llegó á participar el país, duró poco. Al abrirse las Cámaras los ultra-realistas se presentaron como siempre habían sido intolerantes é insolentes. La menor alusión benévola á España, el menor elogio dado á Luís XVIII como rey constitucional, motivaba un huracán de reconvencciones, de denuestos y de protestas. De Fevre acusaba á los liberales de servirse del asilo de la Cámara para cometer toda clase de crímenes, á lo que respondían Casimiro Perier diciendo que ellos pedían las cabezas de los liberales, y Manuel llaman-



PARIS.—(EL PUENTE NUEVO).